



ALFREDO SISLEY

POR ENRIQUE AZCOAGA



NO es la primera vez que en el fosco terreno de la crítica de arte marcamos una clara diferencia entre la valoración y el entusiasmo. El hombre no tiene derecho a emocionarse de una manera permanente con los grandes valores —entre otras cosas, porque no hay para tanto—, ni a considerar que todos aquellos espíritus que le son más afines, porque no hayan alcanzado la cima de la valoración suprema, merecen su desdén. Al traer al primer plano de la atención la figura de Alfredo Sisley, el gran pintor francés de origen inglés, las palabras anteriores pueden parecer disculpa. Para todo el mundo que no co-

nozca el mundo de Sisley, naturalmente. Puesto que los que lo conocen, incluso aquellos que por amar lo fuerte, lo vigoroso, lo montado sobre uno de los mil *expresionismos* que en el mundo han sido, no se encuentren con demasiada holgura en el clima del autor de «Una calle de Ruán», tienen que reconocer en este caso que el valor suscita el entusiasmo. Y el esfuerzo resumidor del artista —que es lo más importante en arte—, una simpatía particular.

Nacido en París el 30 de octubre de 1839, muere en enero de 1899. El taller de Gleryre fué el primer encuentro de Sisley con lo material de la expresión. Conoce en este lugar a Bazille,